

# TRENOS POR LA MUERTE DE MI PADRE DON ELOY GONZALEZ FRIAS-BETHENCOURT

EN SU NOVENARIO

Los escribió MARIO GONZALEZ FEO el 4 de febrero de 1954

Los dedico como homenaje de gratitud, por el respeto y el cariño que demostraron siempre a mi padre, a la Ilustre escritora doña Auristela Castro de Jiménez Rojas y al Ilustre escritor don José Antonio Zavaleta.

Dió el alma a quien se la dió (el cual la dió en el cielo en su gloria) que aunque la vida perdió dejemos hartos consuelo su memoria.

(Jorge Manrique)

He velado en capilla ardiente el cuerpo de mi padre que pasa su última noche sobre la tierra. Los amigos que me acompañaban se han ido ya. Me he quedado solo con la amargura y con mi padre yacente.

Las luces que le rinden ofrenda proyectan en el muro el perfil de este hombre: la nariz aguilada y audaz, la frente despejada, el bigote hirsuto e indomable.

¡Las reverentes luces quietas están proyectando la silueta enérgica de un caído rey nómada del desierto! ¡O más bien la silueta dormida y ausente de Don Quijote muerto! ¡Un Don Quijote que sueña con la más alta empresa de su vida y con la mirada hundida más allá de todos los horizontes terrenos!

¡DON QUIJOTE! Un Quijote incurable y jamás curado eso fue. Un Quijote que jamás despertó de un sonar perenne en altísimas caballeras, en trabajos y empresas fabulosas confiando con optimismo sobrenatural en la fuerza inaudita de su brazo. Un Quijote jamás rendido a la realidad que ante cada fracaso inventaba y buscaba una nueva aventura de más brío y de más empuje que la anterior. Y si por exceso de espíritu volvía a ser vencido — porque él nació para crear y no para administrar — no se dolía por ello ni se debilitaba su alma que lo mismo que su cuerpo, renacía de sus quebrantos con renovada vitalidad. No les temía a tragos ni a gigantes ni a encantadores, aunque éstos se disfrazaran de incompreensión, de traición o de ingratitude. Así toda una larga vida.

Y cuando ya la edad le venecía y sojuzgaba y retenía emprendió en la más difícil y opuesta hazaña de todos sus tiempos: se volvió escritor. Y puso tal pasión en ello, tal decidido empeño, tal pujanza y tal amor, que este hombre maravilloso escribió casi en los umbrales de la muerte obras que serían galardón de una juventud.

¡Oh poder mágico de la imaginación! ¡Oh fuerza incontrastable que alientas en el alma de estos hombre de la España Eterna! ¡Oh presea de nuestra raza! ¡Oh pais sagrado, pais unguido donde el aliento de Dios consagra a estos hombres universales! ¡Oh, árbol el más noble entre todos, qué tales frutos produce! ¡Ninguna seiva ha producido otro igual! ¡Ni en bosque ni en flores ni en frutos!

Dice don Mario Alberto Jiménez al prologar la autobiografía de mi padre, que él era "un Atlante".

Sin duda. Esto es exacto. Mi padre llevaba en sí la natural sabiduría de esa raza misteriosa que en las Islas Afortunadas (asi llamaban los romanos a las Canarias) supervivió al cataclismo que hundió en el pléjago profundo al continente más sabio, más rico más culto y pecador que haya

existido. Además, de mi padre Don Juan Eloy, los estigmas de otras razas se marcaban y otras sangres bullían en sus venas.

El güanche primitivo le dió su bravura, el árabe su sobriedad y paciencia, el español su fe y su valor, y el normando Bethencourt su señorio.

Jamás le oí enaltecerse por lo bueno que hizo en favor de nuestra Costa Rica a través de sus innumerables empresas. De esas hablaban y hablarán otros. El, de lo único que presumía con insistencia casi infantil, era de su obra literaria. Y ¡cómo se enorgullecía, cómo se complacía, cómo se obsesionaba y cómo soñaba despierto! Habiendo sido un caballero armado para las lides del trabajo y quebrado mil lanzas en los palenques del mundo, de viejo escribía y vivía un supremo y emocionado y exhaltado panegirico a las letras.

A toda persona que le visitaba le regalaba ejemplares de su Biografía, de Su Cartilla Agraria, de sus Fábulas, de su opúsculo "Nuestras vidas son sueños".

En los últimos tiempos cuando ya la Muerte rondaba su casa, yo le visitaba todos los días. Siempre le encontraba leyendo, fuera de día o de noche. Una noche muy entrada, llegué temiendo encontrarle dormido y no oírle. Pero estaba aún sentado en su sillón, leyendo penosamente.

¿Qué lee?

Y me contestó aún reciamente. Con una gran voz y con un gran énfasis: "¿Qué voy a leer? ¡Mis obras!"

Luego de un silencio y mientras yo le contemplaba con ternura, añadió con humildad y con sencillez: "La verdad es que leyendo las me parece mentira que yo las haya escrito"

Para todo hombre, por viejo que sea, el padre sigue siendo la sombra protectora y el poder eficiente que su mente de niño forjó. Para mi era profundamente consoladora la presencia de él. Y cuando dolido, o herido o enfermo buscaba su abrigo y compañía y me escuchaba atento, jamás, y esto era para mí lo más consolador, jamás me contestó en singular. Siempre me decía: "Tengamos calma". "Tengamos paciencia. "No hagamos eso" o "Eso nos pasa a todos" o "Eso no nos debe importar". En esta forma sencilla y resumida mi padre se unía, se involucraba a mi deseo o ansiedad y la hacía suya. Y si yo, por vehemente insistía en algo y quería hurgar y llegar al fondo y desahogarme, él me paraba en seco y muy terminante decía: "No hablemos más para no enredar las cosas. Punto".

Hombre que tenía en grado extremo el pudor de sus sentimientos le gustaba no obstante que le dijeran frases cariñosas y aún que le hicieran cariño, pero jamás se prodigaba. A sus hijas raramente las besó. A mi nunca. Ni cuando niño.

¡Pero que solícita su presencia! ¡Que alerta su vigilancia cuando algo malo nos sucedía! ¡Que ansiedad más cordial aunque contenida cuando alguno de nosotros enfermaba! ¡Y que alegría la suya más sincera y más sentida ante nuestros pequeños triunfos! ¡Que poder sobrenatural tienen las más simples palabras de un padre! ¡Que hondo sentido humano! ¡Que fuerza de milagro que ahuyenta el mal y que luz que disipa la sombra!

Nadie ha superado en amor a la madre tierra a este hombre. Nadie

Nadie le ha superado en el amor a nuestra patria excelsa Costa Rica.

Amor el más constante el más fiel y confiado.

Hace muchos años hizo un viaje a su primitiva España. Pero le entró allá tal melancolía por la ausencia, que resolvió regresar de inmediato. Y me contaba que el corazón se le quería salir del pecho cuando en el horizonte aparecieron nuestras montañas; que apenas atracó el barco en Limón, saltó y corrió a abrazar nuestra tierra y le juró llorando que jamás la abandonaría. Pero no cambió su ciudadanía de español. ¿Para qué? Su culto a la tierra tenía mucho de místico, de religioso. No soportaba ni toleraba nada que fuera contra la naturaleza terrestre. Cuando los montes ardían y las montañas eran solo hogueras que estaban quemando los sagrados sumos vitales de la tierra, de la tierra que era su Dulcinea. ¡Que cólera santa la suya! ¡Qué vehemencia en los improperios! ¡Qué impaciencia y qué grito!

Una muchacha parienta nos envió hace tiempo y desde Arona, en Santa Cruz de Tenerife, un poco de tierra cogida del patio de la casona que abrigó su niñez. Esta tierra arenisca, casi blanca, trahunto del africano Sahara fronterizo, la guardaba como reliquia en su viejo escritorio. Cuando en San Joséello acostamos en su caja a mi padre muerto, mi hijo mezcló esta tierra hispana con otro puñado que trajo del Jardincillo que Papá cuidaba. Así las tierras que tanto amó, se confundirán con el polvo sagrado de este conquistador.

Cantaron los Responsos del lento, monótono y tremebundo Canto Llano.

La Liturgia se encendió con el olor de incenso y de mirra. Y a hombros de mis amigos, en su caja ceniza y gris, lo vi desfilar hacia la carroza que tiraron pesados percheros. Pesados como los caballos de guerra de los conquistadores.

Y comenzó en el lento camino, una etapa de su eternidad.

Al cerrarse la bóveda y sentir que se perdía en el sueño de los siglos, pensé que aquel viejo centenario, venerable, estoico y duro, porfiado y fuerte, implacable ante la injusticia pero suave ante la humildad, sería el jalón de todos mis caminos.

¡Era un conquistador! ¡Era el conquistador español que vino a conquistar América con la espada pero la consiguió con un beso! ¡Español permanente que llegaste tarde a la cita de los siglos! ¡Español fiero que entregaste tu pasión a la tierra abundante, castigándola hiriéndola y adorándola! ¡Haciendo los hijos y levantando techos y roturando montes! ¡Contra los elementos, contra la adversidad, contra el destino!

¡Al poner la última losa, estábamos enterrando al último de los conquistadores! ¡Paz a su brazo! ¡Paz a su alma!

Heme aquí de nuevo en la otra noche, ya sin él. Definitivamente sin él.

Pero no estoy triste. Porque me estoy imaginando placenteramente, y esto tiene que ser así, que mi padre nuevamente fuerte, remozado y vigoroso, con su brazo en alto está saludando al caballero Don Alonso Quijano El Bueno, que yelmo en mano y lanza tendida, le sale a recibir y le acoge en el divino pais ideal que Dios ha creado y dispuesto para los espíritus gloriosos de los Caballeros Andantes.